

escudo que nunca existió. Por lo demás, las fuentes de Juan Carlos de Guerra, si se fundamentan muchas veces en la inspección directa de los blasones vivientes, las más de las veces se documentan en testimonios escritos de genealogistas y reyes de armas.

Otegui, que realizó su labor dentro de un tímido anonimato, se me ha confesado incurso en alguna inexactitud. Que no pase por ello ninguna pena ese buen amigo, porque si la ciencia genealógica es en cierto modo solvente, tengo que añadir que resulta escasamente documentada, ya que en general la formación de líneas genealógicas se contrae a tres generaciones, por donde uno que hubiese litigado su hidalguía en 1800 sólo aduciría pruebas que alcanzasen a lo sumo hasta 1710, lo que no le impediría hacer constar con toda decisión que su apellido recibió su designación de una de las casas pobladoras de Guipúzcoa. Y eso que (siempre en términos generales) muchas de las pruebas de ingreso en órdenes militares no remontaban mucho más en sus investigaciones. Claro es que en unas y otras, hay líneas que con-

ducen directamente hasta los *primates* (exclúyase el sentido zoológico) de la humanidad; pero debemos tener muy en cuenta a nuestro honrado genealogista Guerra cuando dice que «son por punto general falsas todas las menciones individuales de personas que asistieron a las batallas del Salado, las Navas y Clavijo, a las tomas de Baeza, Córdoba y Sevilla y a cualquiera otra empresa de la reconquista».

De modo que no sienta escrúpulos Otegui. Lo que hizo, lo hizo bien y además ilustró gráficamente la revista con ese motivo tan ornamental como es el heráldico a través de un escudo bien labrado.

Considere además que los reyes de armas, es decir, los más autorizados heraldistas, fueron los que estamparon con toda seriedad que Idiaquez quiere decir *bueyes, no*; Zaldibia, *dos caballos* y Mariategui, *María te guie*.

¡Ah! Otra cosa. Gamón, que tanto alardeaba de su pro-sapia y de su conjunción con un consejero de rey francés, descendería, según el manuscrito latino de 1512, de una humilde *borda*.

---

## EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA

La tarde de otoño va deslizándose mansa y dulce bajo un cielo de estaño. Tarde de domingo, hueca de silencios urbanos. El humo de un cigarrillo parece sostener en vilo el peso ingrátido de una conversación, tras la merienda. Acaban de levantarse los manteles de la mesa. A uno de los contertulios, al plegar la servilleta, se le ha escurrido al suelo un relieve de pan. La mano que lo ha recogido se lo ha llevado a los labios para imprimir en su corteza un beso y, entonces, el pensamiento se ha puesto a divagar.

Al mendrugillo de pan lo he visto, mentalmente, convertido en espiga. Ya por la Pascua de Flores los trigales andarían hermosos, en la tierna entrega de la gleba al sol, tras de las lluvias de marzo. Ahora mismo, en esta tarde de otoño en que el hombre descansa, la tierra no descansa. El grano oculto, entre el mantillo, trabaja con sus raíces y su tallo. Aún tendrá que esperar unos meses a que de la hojilla verde, que apenas apunta en el surco, vaya surgiendo la espiga como una minúscula aguja gótica en las manos de Dios. ¿Dónde nacieron los granos con los que se amasó este trozo de pan que ahora se ha caído? ¿Por qué se lo han llevado a los labios las piadosas manos que lo recogieron?

Este pan es blanco y apretado. Yo no sé si pudiera ser más blanco. Pero las bocas que lo han comido, lo han tomado en paz. Y esto es ya mucho para que resulte sabroso. Lo han tomado en paz interior y exterior, íntima y lejana. Y esa paz de fuera se equilibra amorosa con la de dentro en esta dulzura hogareña y familiar. La tarde, por lo demás, no convida a otra cosa.

Es perdonable entonces echarse a imaginar la delicia utópica de un mundo sin luchas, sin rencores, misericordioso y fuerte a la vez. Un mundo de pueblos hermanados, más que de Gobiernos unidos. Porque la unión de los Gobiernos, ya se sabe, ha de rozar siempre los límites de la conveniencia pragmática, cuando no del egoísmo descarado. Así se ponen luego las cosas, entre un pestilente vocear de fronteras con los tomas y dacas de protestas y censuras, de repre-

salias y de vetos. ¡Señor, Señor! y ¿dónde queda la poesía, la belleza, la bondad de la vida?

El trigo nace sin saber a qué boca irá, como el sol, que nace para todos. Pero el bien en las manos del hombre no acierta a multiplicarse, a repetirse. Este periódico que yace aquí, extendido sobre la mesa, lo corrobora cada día. Es como un barómetro de presiones suicidas en las que el mundo se debate. Cada día trae su desilusión antes que su afán. Pero alguien ha besado el pan que se cayó. Pan entrañable y bendito que nos enseñaría, si supiéramos aprender, la medida bienhechora de su propio sacrificio.

Pienso que este trozo de pan hubo de sacrificarse un día segado, trillado, pulverizado en su propio sacrificio, y es que el trigo muere para perpetuarse en las espigas de cada primavera. Porque aquí triunfa la primavera, se renueva gozosamente a pesar de los vendavales helados, esteparios, malditos que soplan sobre el mundo.

Pudiéramos ser más ricos, ya lo creo, pudiéramos apetecer más, poseer más... Pero no seríamos más. Al masticar nuestro pan, sabemos que es nuestro pan, el pan nuestro de cada día, ganado con el sudor de cada día, con la paz de cada día, que es el espejo resentido de las gentes ajenas. Lo demás importa menos, que es lo que a ellos les importa más. Cuando nosotros hemos acertado a ser dignos, nada importa que los demás no nos lo reconozcan. Vale más, que duda cabe, tener las puertas cerradas, que no vivir al raso de las apetencias ajenas.

Por esto, y por otras muchas cosas más, en esta tarde de otoño, dulce y mansa bajo un cielo de estaño, en el descanso de la ciudad dominguera, ha podido ocurrir una cosa tan sencilla: que se caiga al suelo un trozo de pan y que alguien lo bese al recogerlo. Beso de paz, de encantadora paz y amor hacia algo entrañable que nos pertenece. Porque ese pan, caído y besado, podrá ser blanco o negro, tierno o áspero, pero es el pan nuestro de cada día. Para comer y para orar.

S.